

UTOPIÁS Y MOVIMIENTOS SOCIALES

(Sobre carismas, euforias, enamoramientos, burocracias, depresiones y fracasos)

*C*uando emprendas el viaje hacia Ítaca
debes pedir que el camino sea largo,
lleno de venturas, lleno de conocimiento.

*Debes pedir que el camino sea largo,
que sean muchas las madrugadas
en las que entres en un puerto que tus ojos
desconocían,
y vayas a ciudades a aprender de quienes saben.*

Ten siempre presente en el corazón la idea de Ítaca.

*Has de llegar a ella, este es tu destino,
pero no fuerces la travesía.
Es preferible que se prolongue muchos años,
y hayas envejecido ya al fondear en la isla,
enriquecido por todo lo que habrás ganado en el
camino
sin esperar que te ofrezca más riquezas.*

*Ítaca te ha dado el hermoso viaje,
sin ella no habrías zarpado.*

*Y si la encuentras pobre, no pienses que Ítaca
te engañó. Como sabio en que te habrás convertido,
sabrás muy bien qué significan las Ítacas.*

Kavafis.

*E*lla está siempre en el horizonte.

*Me acerco dos pasos.
Ella se aleja dos pasos.*

*Camino diez pasos
y el horizonte corre diez pasos más allá.*

*Por mucho que yo camine
nunca la alcanzaré.*

*¿Para qué sirve la Utopía?
Para eso sirve:
Para Caminar.*

Galeano.



La sociedad organizada, ¿mito o realidad?

Nos maravillamos con cierta frecuencia al observar o utilizar determinados inventos humanos. Como el avión. O la televisión. O el ordenador.

Nos asombramos por sus resultados casi increíbles: la posibilidad de desplazarnos de un lugar a otro volando. O recibir imágenes de otras realidades desde nuestras casas. O efectuar grandes operaciones matemáticas o transcripciones de diversos textos, de una manera rápida.

También nos asombramos por sus consecuencias: generación de industrias y nuevas economías y empleos (turismo, información, aeronáutica, agencias de viajes, informática...). Conocimiento, entretenimiento, nuevos tipos de ocio y de estilos de vida. Nuevos ritmos de producción, relaciones laborales diferentes y cambiantes, fin del trabajo...

La historia de la humanidad, como ya hizo Mumford, se puede describir partiendo de los grandes inventos, por todas sus consecuencias sociales, económicas, culturales, psicológicas...

Sin embargo, hay un invento humano en el que nos fijamos muy poco, aunque nos desenvolvemos todos los días dentro de él: la capacidad de generar organizaciones, asociaciones, estructuras societales, redes sociales...

Como ocurre con todos los inventos mencionados, hay una doble actitud ante este fenómeno organizativo.

Por un lado, satisfacción, alivio, admiración, sentimientos de apoyo y membresía. Tenemos así la certeza de que estamos amparados en organizaciones que sirven para cubrir necesidades materiales y/o de identidad o pertenencia a un grupo, a un club, a unos colores...

Por otro lado, temor, respeto, inhibición, rechazos, miedo a perder la autonomía personal, la libertad. Estamos así convencidos de que las burocracias, los grupos cerrados, incluso los familiares y vecinos se encuentran en nuestro entorno para asfixiarnos, controlarnos,...

En la literatura sociológica se ha tratado el problema de la proliferación de las organizaciones como una característica de la sociedad moderna. Este aumento y diversificación del fenómeno organizativo, junto al avance y dispersión de la tecnología, ha constituido un tema de reflexión e indagación bastante desarrollado en



René Magritte

las ciencias sociales. Sus repercusiones psicológicas, sociales, culturales y económicas, así como sus transformaciones han significado el nacimiento de conceptos, métodos, análisis e incluso mitos en torno al hecho organizativo. Además, las propias ciencias sociales (y, en cierta manera, las distintas filosofías y artes, así como el sentido común y la acción política) parecen necesitar de la idea de ordenamiento, planificación, programación, proyección, intervención, derivada del hecho de que la sociedad se presenta no sólo como un conjunto de instituciones, organismos, asociaciones, grupos... más o menos estructurados, sino que toda ella (la sociedad) es también una organización. Y como tal ha de ser tratada, tanto para su análisis o diagnóstico como para su transformación más o menos programada. Esa es al menos la promesa de, entre otras actividades, la Sociología, la Ciencia Económica, la Ciencia de la Administración y la Política Social.

Tres argumentos destaco entre los existentes para justificar este crecimiento de las organizaciones y la descripción del fenómeno organizativo y su proliferación y diversificación como un hecho casi irremediable.

En primer lugar tenemos el hecho de que la naturaleza humana presenta una tendencia creciente a la racionalidad y, por tanto, a la organización. El uso de la razón para interpretar, explicar y modificar la realidad (en el que la ciencia y la técnica aparecen como ejemplos), el freno y control de los sentimientos y las pasiones, y la búsqueda de la felicidad humana con los mínimos costes posibles devienen la necesidad de ordenar la realidad que nos rodea, así como estructurar nuestra intervención sobre ella. Aunque la ciencia y la técnica también nos han conducido a crear y utilizar instrumentos destructores (como la energía nuclear), siempre existen elementos racionales (la disuasión, en el uso militar, la alternativa al petróleo, en el uso civil, de la energía nuclear, por ejemplo) que explican/justifican estos costes. Además, nos dicen, para conseguir nuestros fines o para defender nuestros intereses necesitamos de las organizaciones (públicas o privadas). Por tanto, la historia de la humanidad (y su tendencia racionalizadora, que es la que, dicen, le distingue del resto de animales y seres vivos) es la historia de la proliferación de las organizaciones en todos los ámbitos vitales. La percepción



de este fenómeno nos hace distinguir entre pesimistas y optimistas al respecto. Entre los primeros destaca Weber y su concepción burocratizadora del mundo futuro (que es para nosotros el actual) o Michels, más radical en su pesimismo, quien observa, dentro de esta dinámica, una oligarquización en la toma de decisiones. Entre los optimistas resaltan Marx y su idea de que la organización de clase y el colectivismo en la producción conducirán al reino de las libertades y Durkheim y su percepción de las corporaciones o grupos profesionales como alternativa a la anomia derivada de la creciente división social del trabajo.

El segundo argumento es que nacemos, crecemos y morimos rodeados de y/o inmersos en instituciones, organizaciones y asociaciones. Y éstas, además de ser independientes o externas a nuestra voluntad (no elegimos la familia donde nacer, por ejemplo), nos coaccionan. Familia, escuela, amistades, empresas, sindicatos, centros de producción, instituciones financieras, comercios, Estado, clubes, etc... existen e influyen en nuestras vidas desde que nacemos. Pueden aprisionar, en forma de jaulas de hierro, nuestras libertades, o reprimir positivamente nuestros instintos salvajes, o constituir la única forma racional, eficaz y eficiente de conseguir la felicidad humana, o convertirse en el enemigo a quien combatir para obtener nuestra liberación (en estas percepciones se distinguen los autores al respecto), pero el hecho es que antes que nosotros y ante nosotros hay un cúmulo y una dispersión de organizaciones que hacen de nuestras vidas una vida organizada.

Por último, y en relación con todo lo anterior, la tendencia a crear organizaciones es tal que incluso para defendernos de las corporaciones o instituciones, o de la competencia, o de las estructuras injustas, necesitamos y creamos movimientos sociales, asociaciones, organizaciones no gubernamentales, grupos, partidos..., en definitiva, organizaciones que, tarde o temprano, acabarán siendo institucionalizadas, es decir, ordenadas, estructuradas, tan influyentes o más como el resto de organizaciones. Esta tendencia institucionalizadora que también afecta a los grupos informales o espontáneos comienza con el proceso de legitimación externa e interna. Para unos, los pesimistas (por ejemplo, Weber), supone la muerte de la sociedad civil, para otros, los opti-

mistas (por ejemplo, Tocqueville), es una señal de democracia y de la presencia de una sociedad civil viva y creativa.

Precisamente, sobre la capacidad humana de generar organizaciones descansa, como resumen de estos argumentos, la defensa de la presencia y proliferación de la denominada 'sociedad organizada' (Renate Mayntz).

En el otro extremo también subrayo tres argumentos que refutan esa tendencia creciente de la vida y la sociedad organizadas.

En primer lugar, encontramos a quienes destacan la importancia de los elementos sentimentales o irracionales como componentes si no dominantes sí al menos alteradores de la naturaleza humana. Deseos, sentimientos, pasiones, instintos,... que nublan la razón, sobre todo los de carácter sexual y agresivos. Estos componentes alteradores significan que no todo el ser humano es racional y que la necesidad de estar organizado no es compatible con la represión de esos deseos y pasiones. Tal racionalidad provoca alienaciones peligrosas y tales instintos han de ser liberados no precisamente de forma organizada (aunque a veces ciertos rituales o ceremonias, o instituciones relativamente prohibidas funcionan y se justifican por ser una especie de válvulas de escape, ¿no es la guerra una liberación, dentro del orden y, por tanto, organizada, del instinto de matar?). Hay quienes, desde la valoración de la espontaneidad y la bondad humana, señalan este suceso como liberador (la tradición anarquista o el cristianismo primitivo, por ejemplo). Por otro lado, hay quienes indican que las pasiones conducen a las guerras, al caos, a los asesinatos, en definitiva, a la rebelión de las masas, a la decadencia de la humanidad y las civilizaciones (es la perspectiva orteguiana de la historia de occidente, por ejemplo).

El segundo argumento lo constituye el hecho de que las instituciones son, en realidad, puras ficciones. Se presentan de una manera formal y aparente, pero en verdad son otros sus fines, otra su naturaleza. Entre otras razones se debe al hecho de que están constituidas por diversos agentes sociales no siempre consensual y armoniosamente estructurados (por ejemplo, una fábrica). O a que sus fines originales pueden ser desviados, bien por sus líderes, bien por las circunstancias, bien por el factor tecnológico. El caso es que

las organizaciones son ficticias. Tales defectos pueden ser evaluados como liberadores o como opresores de la humanidad, depende del punto de vista, ya que para unos es señal inequívoca de que la libertad humana no se puede controlar o reprimir, y para otros, constituye la justificación del surgimiento de un líder carismático que dinamice y controle la organización social (libertarios, los primeros, o elitistas, los segundos).

En tercer lugar, toda institucionalización supone un cambio social. El hecho de que una organización o asociación sea legalizada, por ejemplo un sindicato, supone una transformación de las leyes y las costumbres, en el mismo ejemplo, la regulación de las huelgas o las condiciones laborales. Para unos (libertarios), se trata de un proceso represor, un mecanismo de drenaje de la naturaleza revolucionaria de las acciones sociales, para otros (socialdemócratas) es un imparable proceso de progreso de las clases desfavorecidas y de la sociedad en general.

Entre estos argumentos y contrargumentos se nos plantea el sueño (y la pesadilla) de la posibilidad de llegar a una sociedad totalmente controlada (si no hemos llegado a ella: léase *Mundo Feliz, Fahrenheit 451*, 1984). No olvidemos que el control de las pasiones o el control de los medios constituyen, en algunas ocasiones, una metodología, una vía, un camino, para la liberación. Así se entiende, por ejemplo, en las utopías renacentistas (Moro, Campanella) y en cierta literatura liberal (Walden Dos) y socialista (dictadura del proletariado, centralismo democrático...).

El pensamiento utópico

El término "utopía" deriva del vocablo griego "utopos", que significa etimológicamente "en ningún lugar". Fue acuñado por Tomás Moro para nombrar la isla que el aventurero y observador Rafael Hythloday describe como república ideal. Utopías y discursos utópicos han existido a lo largo de la historia de la humanidad. Con las denominadas *utopías renacentistas* arranca el pensamiento moderno occidental. Utopismo, clímax y anticlímax es el recorrido histórico, a juicio de Antonio Monclús, del pensamiento utópico contemporáneo.



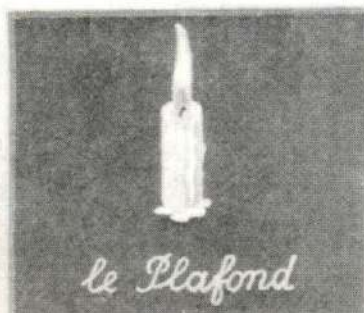
El discurso utópico, algunas veces bajo la forma de novela, algunas otras bajo la forma de un ensayo o un diálogo o un tratado, significa la manifestación de un estado de espíritu individual y/o colectivo que busca trascender la realidad, constituyéndose además como un género establecido de discurso con sus propios elementos y características. Aunque no siempre de un pensamiento utópico se derive un movimiento social, lo cierto es que todo movimiento social genera, busca, interpreta y actúa por una utopía.

Existe un doble significado del término "utopía" y, con ello, dos tipos de discursos utópicos que a pesar de ser radicalmente opuestos, son difícilmente separables. La utopía es, por un lado, una quimera, un sueño irrealizable, un modelo que no existe más allá de la imaginación. En este sentido, el pensamiento utópico puede derivar en un mito, es decir, en un pensamiento que interpreta la realidad desde elementos irreales. Aquí la utopía se presenta como falsa conciencia, como ocultación de la realidad, como alienación. Es la antítesis del pensamiento racional, filosófico o científico, y constituye un freno a las aspiraciones liberadoras y libertarias de la humanidad. La utopía se manifiesta así como Idea que evoca héroes y sucesos imaginarios y provoca pasividad, engaños, catástrofes, suicidios colectivos, asesinatos o guerras.

Por otro lado, la utopía es una forma de crítica social, un intento global de superación de la realidad que nos rodea. En este sentido, la utopía se muestra como un discurso motor de la acción social, constituyendo un incentivo para la transformación social. Aquí aparece muy ligada al pensamiento revolucionario y contrainstitucional, adentrándose en el terreno de los movimientos sociales.

De forma consciente o no, los grandes ideales y los pequeños objetivos tienen su raíz en una formulación más o menos utópica de la realidad social. Por ejemplo, la teoría de la disuasión por la que se fundamenta la existencia de los ejércitos se basa en un principio utópico/quimérico: conseguir la paz por medio del armamentismo (*si vis pacem para bellum*).

Aunque el pensamiento utópico tiene como pilares unos ideales abstractos: libertad, igualdad, verdad, fraternidad..., no cabe duda de que sus modelos, por muy universales o generales que se presenten, determinan un tipo de humanidad y de



sociedad específicos que, en ocasiones, son auténticas premoniciones del futuro. La utopía es un futuro deseado que se representa como ya realizado. A pesar de su abstracción, en las utopías (y las antiutopías) se describen los procesos por los cuales se ha llevado a cabo su concreción.

Las utopías modernas, pese a su carácter abstracto e irreal, constituyen argumentos, comparaciones y planes de acción nada incompatibles con el pensamiento racional y científico, y con la idea política de planificación, intervención y participación social. En su versión mítica como quimera o ideología es donde encontramos el enfrentamiento entre utopía y ciencia, entre Sociología y utopía.

Podemos definir, por tanto, la utopía, en su versión crítica, como un tipo de discurso coherente (aunque imaginario) que supone un proyecto social de un futuro deseado que se presenta como real (o realizable) y que supera o mejora el orden establecido, lo que significa una explícita crítica al sistema social vigente, así como la exposición de criterios y valores alternativos, trazando incluso el camino o proceso a seguir. Se trata, pues, de un discurso coherente, basado en una crítica a lo existente y en la superación o mejora del sistema vigente. En nombre de unos principios abstractos que se concretan en una serie de criterios y valores alternativos, demanda la inevitable transformación de la sociedad en un proceso de acción colectiva.

La utopía es un proyecto y, como tal, tiene su contexto sociohistórico al que se refiere y pretende superar o trascender. Por eso, su mera exposición significa, en primer lugar, una crítica a lo existente. Una primera función social de la utopía es, pues, constituir una serie de argumentos contrarios al orden establecido. Por eso es un discurso poco querido por los grupos sociales que detentan (o desean) el poder. En segundo lugar, la utopía supone la constatación (aunque sea imaginaria) de la posibilidad de una humanidad y un mundo diferentes o, al menos, la configuración de un modelo de sociedad distinto al existente. Por tanto, una segunda función social es trazar un diseño de sociedad alternativa, basada en criterios y valores muy diferentes al orden vigente. Por último, y con todo lo anterior, la utopía presupone una transformación radical de las cosas y, aunque se trate de un mundo sin lugar y, en todo caso, aún por

Rene Magritte



realizar, es una legítima llamada a la experimentación y la experiencia sociales, sobre todo desde la perspectiva de los grupos sociales más desfavorecidos por el *status quo*. No en vano, la gran mayoría de los utópicos intentaron hacer realidad sus proyectos o vieron nacer la sociedad preconizada. En este sentido, la utopía cumple la función social de justificar la intervención social, trazando incluso un camino a seguir. Una función crítica, una función comparativa y una función activa son, pues, las funciones sociales básicas del pensamiento utópico. Las mismas, por ende, que las de los denominados 'movimientos sociales'.

Utopía, Ideología y Sociología

Como puede observarse, este tipo de discurso, el utópico como crítica social y como búsqueda del progreso de la humanidad, no es incompatible con el discurso sociológico, al que se le supone un mayor rigor científico y metodológico. El futuro deseado no está aún presente.

El concepto fundamental en la Sociología originaria es el de "realidad social", es decir, de lo social como realidad medible y constatable. En palabras de Karl Mannheim: "Por constituir el ser humano una criatura que vive, en primer lugar, en la historia y la sociedad, la *existencia* en la que está sumergido no es nunca una *existencia en sí*, sino que es, siempre, una forma histórica concreta de existencia social. Para el sociólogo, la *existencia* es la que es *concretamente efectiva*, es decir, el orden social funcionando, que no existe sólo en la imaginación de determinados individuos, sino que corresponde a la actividad real de los seres humanos".

Siguiendo con Mannheim, existen dos tipos de discursos que sí trascienden esa realidad social: las ideologías y las utopías. Las ideologías son las ideas que trascienden la situación pero que nunca consiguen realizar de hecho los contenidos que proyectan. De ahí se derivan tres tipos de mentalidad ideológica: 1) la inconsciente; 2) la insincera; y 3) la del engaño consciente. Las utopías también suponen una trascendencia de la realidad social, pero, a través de una actividad de oposición al orden establecido, consiguen o pueden conseguir cambiar la

realidad histórica existente. "En esto reside la diferencia más esencial entre estos dos tipos de trascendencia de la realidad: mientras que la declinación de la ideología representa sólo una crisis para ciertas capas sociales, y la objetividad que proviene de desenmascaramiento de las ideologías adopta siempre la forma de una autoaclaración para el conjunto de la sociedad, la desaparición completa del elemento utópico, del pensamiento y de la acción de los seres humanos significaría que la naturaleza y el desarrollo humano tomarían nuevo carácter. La desaparición de la utopía causa un estado de cosas estático en el que el mismo ser humano llega a ser nada más que un objeto. Nos tendríamos que enfrentar entonces con la mayor paradoja imaginable: que el ser humano, que ha conseguido el más alto grado de dominio racional de la existencia, cuando se queda con ningún ideal, se convierte en una simple criatura de impulsos. De este modo, después de un largo desarrollo, tortuoso, pero heroico, precisamente en la etapa más elevada de su conciencia, cuando la historia está dejando de ser un destino ciego y llegando a ser, cada vez más, la propia creación humana, con el abandono de las utopías, el ser humano perdería su facultad para configurar la historia y, con ello, su capacidad para comprenderla".

En cierto modo, cuando Fukuyama declaró el *fin de la historia*, con el *triumfo del capitalismo*, estaba declarando también el fin de las utopías, actitud radicalmente ideológica u ocultadora de la realidad, ya que ni la historia ha terminado, ni los conflictos han sido superados, ni la capacidad humana de inventar y crear un mundo mejor (y peor) han desaparecido. Sólo en la mente de ciertas capas sociales y políticas que detentan el poder económico, militar e informativo, y de los defensores de tal orden, la historia debe darse por terminada, y los sueños han de continuar siendo sueños, nunca convertirse en ideales colectivos utópicos o transformadores.

Hay dos enemigos que suponen un claro alejamiento entre la Sociología y la Utopía. El primer enemigo lo constituye el catecismo positivista, que niega la existencia de todo lo que va más allá del orden existente actual. La influencia del positivismo en el origen y devenir de la Sociología como actividad científica hace oponer el discurso utópico, trascenden-

tal, que desproporciona la realidad, con el discurso sociológico, real, que mide y pesa la realidad social.

El otro enemigo lo representa el utopismo o la versión mítica de la utopía, que niega la existencia de lo real. La influencia del pensamiento mítico e ideológico sobre las utopías han devenido una desvirtuación de lo real, una separación, peligrosa, de la realidad social que significa una actitud pasiva ante los conflictos reales y un alejamiento definitivo respecto a la racionalidad científica que representa el discurso sociológico.

La historia de la Sociología, de su institucionalización como actividad científica y profesional, aparece como la historia de la huida de los elementos ideológicos y utópicos (a veces, incluso, de sus raíces eminentemente filosóficas) que, irremediamente, le han acompañado siempre.

La Sociología originaria era, entre otras cosas, teleológica, es decir, mostraba o señalaba una tendencia futura de la sociedad. Así, para Comte la sociedad tiende a ser positiva en cuanto su modo dominante de pensamiento, esto es, a la racionalidad. Para Marx, la sociedad capitalista industrial, por su naturaleza y por la intervención revolucionaria de las clases oprimidas, tendría que dar paso al modo de producción comunista, a la sociedad sin clases. Para Durkheim, la continua e ineluctable división del trabajo provocará la generalización del estado anómico y el individualismo. Para Weber, el fenómeno de la burocratización del mundo se considera inevitable. Cada una de estas prognosis están avaladas por experiencias históricas ulteriores y por una serie de datos que ratifican y matizan ese devenir, aunque tampoco están exentas de deseos y temores más o menos proyectados.

Fueron el positivismo, en su versión evolucionista, y la irrupción de la estadística social (sobre todo, las encuestas), lo que pareció alejar la Sociología del discurso utópico, quedándose éste en una especie de Sociología espontánea. No deja de ser paradójico, sin embargo, el hecho de que el positivismo crea su catecismo y que la proliferación de las técnicas matemáticas en las ciencias sociales signifique una abstracción de la realidad, lo que constituyen elementos que, como hemos visto, también encontramos en los discursos ideológicos y utópicos.



Este rechazo de los elementos ideológicos o utópicos viene a ser una especie de repulsa que el adulto hace de todo aquello que le recuerde las actitudes infantiles. A medida que nos vamos haciendo mayores, es decir, asumiendo responsabilidades, nos vamos quitando de las ingenuidades de la infancia. La racionalidad adulta se fundamenta en ir borrando las espontaneidades de dicha etapa vital considerada como 'primaria'. Lo mismo parece haber ocurrido con la historia de la Sociología. Quizás por ello a los primeros autores se les considere 'padres fundadores', adultos que educan a la sociología infantil, espontánea, precientífica, hacia la sociología responsable, pragmática, científica.

La realidad vital, límite y utopía

Pero no son mis intenciones en esta intervención hacer una reflexión exhaustiva y llena de citas sobre las relaciones entre el quehacer sociológico y el pensamiento utópico. Valen las palabras anteriores como justificación de mi presencia aquí y de mi preocupación/ocupación por hacer realidad algunas de mis ilusiones y proyectos colectivos. Siempre he pretendido (otra cosa es lograrlo) articular las dimensiones personales, profesionales y políticas de mi realidad vital y social. Pero esa pretensión no es nada original a tenor de lo que sigue:

"El principio más importante que debe guiarnos en la elección de una profesión es el bien de la humanidad, nuestra propia perfección. No hay que pensar que estos dos intereses se oponen entre sí, que uno debe destruir al otro. Más bien, la naturaleza del hombre solamente le posibilita alcanzar su plenitud mediante el esfuerzo por la perfección y el bienestar de su sociedad. La historia considera que los hombres más grandes son quienes se ennoblecieron a sí mismos trabajando para el bien general"

(Extraído de una carta de Marx a su padre a los 19 años explicando por qué abandonó derecho y eligió filosofía como carrera en la Universidad de Berlín).

Quisiera subrayar aquí la interrelación existente entre teoría y práctica, enseñanza y aprendizaje, reflexión y acción, realidad vital y entorno social. Porque *la utopía es, ante todo, una afirmación de*

la vida, es asumir los retos de cada día, es indagar y transformar el porvenir. Porque la vida, la de cada cual, es nuestra más inmediata realidad... y nuestro primer límite.

"Cuando Dios creó el mundo y quiso determinar los años de vida de todas las criaturas, vino el burro y le preguntó:

— Señor, ¿Cuánto he de vivir?

— Treinta años — respondió Dios —. ¿Estás conforme?

— ¡Oh, Señor! — repuso el burro —, es demasiado tiempo para mi penosa existencia: transportando pesadas cargas de la mañana a la noche, llevando sacos de trigo al molino para que otros se coman el pan; ¡siendo animado y reanimado sólo a golpes y patadas!

¡No quiero tanto tiempo de vida!

Entonces Dios se apiadó y le concedió dieciocho años. El burro se fue consolado.

A continuación compareció el perro.

— ¿Cuánto tiempo quieres vivir? — le preguntó Dios —; al burro le parecieron demasiado treinta años, pero quizás tú te conformes con ellos.

— Señor — respondió el perro —, ¿es ésa su voluntad?

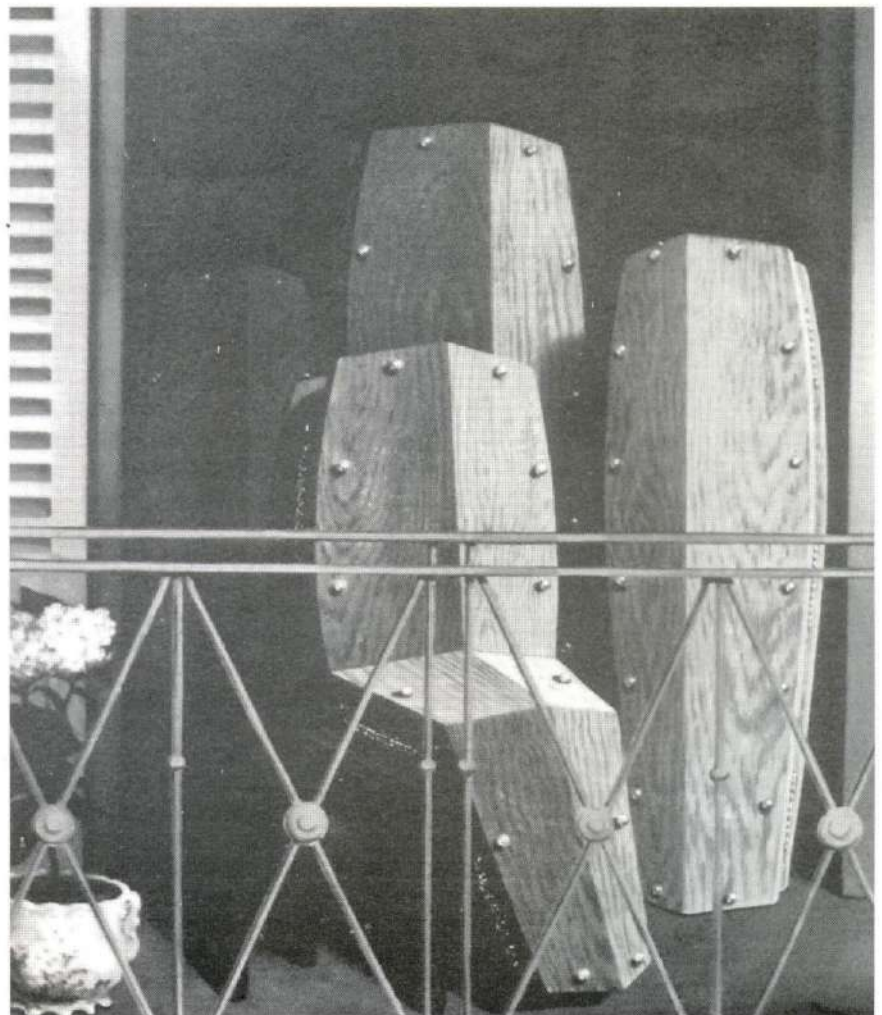
Con lo mucho que tengo que correr no aguantarán tanto tiempo mis patas; y cuando haya perdido la fuerza para ladrar y los dientes para morder, ¿qué otra cosa podré hacer salvo ir gruñendo de un rincón para otro?

Dios vio que tenía razón y le otorgó doce años.

Entonces vino el mono.

— Tú sí que aceptarás con gusto vivir treinta años — le dijo —; no trabajarás como el burro y el perro y estarás siempre contento...

— ¡Oh, Señor! — respondió —; eso parece, pero no es así. Si llueven gachas



René Magritte



de mijo, no tengo cuchara. Tengo que estar haciendo siempre travesuras y muecas para hacer reír a la gente, y cuando me tiran una manzana y la muerdo, resulta que está agria. ¡Con cuánta frecuencia se oculta la tristeza tras la payasada!

No podré soportar treinta años seguidos de una vida así.

Dios se mostró piadoso y le concedió diez años.

Finalmente se presentó el hombre: estaba alegre, sano y fresco, y pidió a Dios que le asignara sus años.

— Treinta años habrás de vivir — dijo Dios —; ¿te bastan?

— ¡Qué tiempo tan corto! — exclamó el hombre —. Una vez que haya construido mi casa y que el fuego arda en mi propio hogar; una vez que los árboles que haya plantado florezcan y den fruto; cuando empiece a disfrutar alegremente de la vida...; ¡he de morir! ¡Oh, Señor, alarga mis años!

— Te añadiré los dieciocho años del burro — dijo Dios.

— No son suficientes — protestó el hombre.

— Tendrás también los doce del perro.

— Todavía es poco tiempo.

— Bien — dijo Dios —; todavía te daré los diez años del mono, pero no recibirás más.

El hombre se fue, aunque no quedó satisfecho.

Así que el hombre vive setenta años.

Los treinta primeros son sus años de hombre, y pasan rápidamente; durante ellos vive sano, contento, trabaja con ganas y acepta su vida con alegría.

Les siguen los dieciocho años del burro, entonces transporta una carga tras otra, llevando el trigo con que otros se alimentan, y golpes y patadas recibe como jornal por sus fieles servicios.

Luego vienen los doce años del perro; va por los rincones gruñendo y no tiene dientes para morder.

Y cuando ya ha apurado ese tiempo, aún le quedan los diez años del mono antes de acabar.

Entonces es un mentecato y un extravagante que hace cosas graciosas y es el hazmerreír de los niños". (Die Lebenszeit, *Los años de vida*, Hermanos Grimm).

En los tiempos actuales, a pesar de aumentar la *esperanza de vida* (medida estadística que, pese a lo prometedor de su denominación, se refiere a la duración media de la vida en tal o cual país o zona),

seguimos sintiendo que nuestra existencia, la de cada cual, es bien corta. Confundimos el nivel de vida con la calidad de vida y, de este modo, mezclamos nuestros años de mono con los de perro y los de burro. Incluso en ocasiones nos comportamos como serpientes (en realidad los años de vida que vamos ganando son para aumentar nuestra fauna interior). El castigo divino consiste en darnos más años a base de eliminar los años que otros animales van desechando.

El sentimiento de brevedad de la vida señala a la muerte como la antiutopía de todo ser humano.

"El hombre es el único ser viviente insatisfecho con su naturaleza. Siempre lo fue, aun en el pasado más remoto al punto que imaginó seres inmortales y felices: los dioses. Sólo quien es frágil, infeliz, mortal, y no quiere serlo, puede imaginar a alguien que no lo sea y considerarlo, más real que él mismo. Los dioses siempre fueron lo que los hombres deseaban ser. O, mejor dicho, siempre fueron lo que el hombre sentía que debía haber sido, su parte más profunda, más auténtica, más noble. Para pensar en sí mismo el hombre debió desdoblarse: por un lado suyo, miserable y mortal, y por el otro lado la divinidad. El hombre nunca aceptó por completo ésta su naturaleza mortal, aunque la padeció, buscó de todos modos hacerse una razón, darse una explicación de aquello que *le sucedió* al venir al mundo, inteligentísimo y fragilísimo, capaz de pensar en un tiempo infinito y simultáneamente condenado a la vejez y a la muerte.

De pronto, el hombre advirtió que su vida es, respecto de lo que puede imaginar, increíblemente breve, además de algo absurda, una burla de la naturaleza. Estamos tan habituados a los lamentos de los poetas y los filósofos sobre el tiempo que huye, que vuela en un instante, a la vida que parece transcurrir en un momento, que los consideramos cosas banales y tediosas. Pero a menudo lo verdaderamente importante es lo más obvio, resabido y banal. Si desde que el mundo es mundo los hombres se lamentaron siempre por la brevedad de su vida, si repitieron de modo continuo que esta vida es un instante y nada más, quiere decir que ésta es una experiencia fundamental, esencial, primordial y recurrente. No podemos considerarla como un error, o un lamento, o una exageración. Si existe tiene una razón, y una razón profunda. Este es nuestro punto de

partida: el hombre está insatisfecho con su naturaleza y tiene una razón para estarlo, una razón importante".

Así nacen la utopía y el mito, la inquietud y la religión. Nuestro deseo es trascender la (poca) vida que tenemos. Transformar la (estricta) realidad que nos rodea es nuestro punto de partida. Transmitir la esperanza de que se puede vivir mejor y sin límites, eliminar las barreras entre la (ilimitada) imaginación y la (breve) vida. Todo eso es la inmortalidad, el sueño de pasar a mejor vida, de retener algún momento, de obtener gratas recompensas por la labor realizada en *esta* vida, de dejar herencias, alguna buena huella, buena prensa... Ser recordado y recordable. Memorizados. He aquí nuestra mayor aspiración: evitar nuestra mortalidad, nuestra frágil esencia física, nuestra decadencia y caducidad. La angustia vital de toda vida burguesa se resume en la negación de la escasez, de la poquedad. De ahí la obsesión por la propiedad y la herencia, junto al rechazo de la pusilanimidad y la huida de la pobreza.

"... lo que oculta la propiedad es el miedo a la muerte... la primera ambición de los hombres, la que los guía antes que cualquier cosa, es la de *ser, durar, retrasar* la muerte. Y para durar emplea siempre la misma astucia bajo múltiples formas: apropiarse de los bienes de los demás, que son sus fuerzas y su vida, y emplearlos de una manera que corresponda lo más exactamente posible a la idea que nos hacemos, en una época dada, de la muerte".

Tener y ser se confunden casi siempre, nos sigue diciendo Attali, en el sentido propio y en el sentido figurado. En el propio, porque para poder vivir hay que tener de qué comer y con qué abrigarse; y porque no tener es ser excluido del grupo y, por consiguiente, estar amenazado con la desaparición: *se es si se tiene*. En el figurado, porque un individuo (o un grupo) es identificado, *distinguido*, por sus propiedades: *se es porque se tiene*. Finalmente, porque estamos sometidos a lo que tenemos; el objeto obliga, define y condiciona al sujeto; durará más aquel a quien pertenece; *se es en lo que se tiene*.

De este modo, la muerte se relaciona, como hecho social y cultural, en factor de desigualdad. Pero la muerte es también una ruptura, un fracaso, una interrupción. La muerte aparece así como la mayor antiutopía.



Decía Ernst Bloch que “la necesidad insatisfecha es el impulso del movimiento material-dialéctico”. La esperanza es la fuerza tendente a la superación de la condición de la necesidad y de carencia, es el principio que hace superar al ser humano la no identidad de su objeto, en un mundo consistente en una potencialidad no agotada. En este contexto, en el que la satisfacción no es menor que el deseo, donde lo mejor continúa siendo todavía obra inacabada, Bloch considera a la muerte como la más fuerte no-utopía, el gran expendedor del mundo orgánico hacia su catástrofe. Aún así, la muerte no queda como un invitado incómodo que puede poner fin al espíritu de la utopía, incluso se puede redescubrir en ella el significado de la esperanza y de la utopía. La muerte, para Bloch, es un problema para la vida: soñar con los ojos abiertos, las fábulas, los símbolos, las alegorías, constituyen todo ello expresiones de la conciencia del aún-no, y cada una según su propio contexto van durante la vida más allá de la muerte. Esta superación de la muerte no supone trascendencia alguna (resurrección, reencarnación): “... el contenido de la esperanza irrumpe en lo existente. La muerte puede hoy... estar oculta en la vida, porque, en cierta ocasión, una nueva vida estuvo oculta en la muerte, es decir, fue soñada en ella. Esos sueños pertenecen también a la utopía”.

Bloch nos muestra la muerte intrínsecamente relacionada con la vida, nos enseña a mirar la muerte en la vida, en el ser humano sin esperanza y sin espíritu de la utopía, y enseña entonces a elegir, porque existen seres humanos condenados a muerte y seres humanos que todavía deben comenzar a vivir. Es en sustancia el significado conjunto de la utopía concreta (la ilusión, la predisposición a la praxis), en contraposición a la abstracta (la quimera, el mito), el propuesto para refutar aquellas concepciones sobre la vida y sobre la muerte ligadas a utopismos abstractos y a imaginaciones veleidosas que hacen el juego al idealismo y al materialismo vulgar.

La muerte constituye así un problema en función de la posibilidad de su superación en la vida. Sólo en el seno de la estructura del aún-no (la insatisfacción que conduce a la esperanza, el deseo de trascender y transformar la realidad) la muerte asume relevancia teórica y práctica (el héroe rojo, el *hasta siempre coman-*



dante Che Guevara), y su significado no puede tener una determinación independiente del significado que Bloch atribuye a la utopía.

La muerte pertenece al proceso (transitorio), pero no a los sujetos que hacen posible el proceso mismo. De este modo, quedan evidenciados dos aspectos: 1) el núcleo de la existencia está, en cuanto que todavía no acontecido, fuera, externo al devenir y al transcurrir; y 2) si fuese realizado el núcleo de la existencia, éste se hallaría precisamente a merced a esta realización, fuera del terreno de la muerte. El núcleo de la existencia aparece considerado como exterior a la muerte, no porque sea inmortal, trascendente, atemporal, sino porque está ligado a la posibilidad objetivo-real de la realización de la utopía. En la esperanza tiene el propio ser el núcleo de la existencia. La esperanza niega la muerte porque proyecta la exis-

tencia del aún-no, dejando a la muerte la vida sólo como cáscara. La esperanza blochiana sustituye la mirada llena de confianza certeza hacia lo alto por la mirada hacia adelante sin garantías consoladoras, proyectando la existencia del aún-no, en la búsqueda de la liberación de la esfera de las necesidades. La música y el sueño son medios del aún-no, son lenguajes que no están en ningún lugar. La música procede contra la muerte, la devora. El sueño de una cosa es la utopía concreta, la esperanza que impulsa a los oprimidos a organizarse y luchar por su liberación. “Quisiera que todo fuese así”, decía un niño, y se refería a un boliche que se había ido rodando, pero que le esperaba. Y es que, quien sueña, no queda nunca atado al lugar.

“En épocas poco afirmativas, asustadas y brumosas... hay siempre latente, pujando en el fondo, el deseo de otra cosa y la venganza sobre lo que padecemos. Y hay también, quizás, la nostalgia del dogma”, nos dice Javier Sádaba. El dogma y el sueño suelen ir juntos. Como la quimera y la utopía, el mito y la ilusión. Porque ambos nos ofrecen protección, verdades, tranquilidad, reposo, trascendencia de la vida... Para Javier Sádaba, la utopía nos conduce fácilmente, y de forma ineluctable, al dogmatismo. Las doctrinas utópicas consideran la historia como un proceso inacabado. Y su lenguaje habla de expectativas que se cumplirán en el futuro, lo que no ha ocurrido completará y perfeccionará lo que hoy existe. Claro que hay otro dogmatismo, el pragmatismo, que consiste en aferrarse a la vida, y el orden, presentes, el fin de la historia, la adaptación a lo que hay, la pérdida de toda referencia que vaya más allá del presente, la desilusión, el desencantamiento, la corrupción,... Todo lo contrario que el *estado naciente* de la persona enamorada, del movimiento social emergente, de la revolución social, la euforia. La eterna lucha entre el carisma y la burocracia, los deseos y los intereses.

Recordamos así el ensueño utópico del agudo y corrosivo H.L. Mencken de convertir el hecho electoral en un sorteo semejante a la asignación de los jurados. “En primer lugar —nos dice—, ahorraría a la comunidad el excesivo costo actual de los comicios y haría innecesarias las campañas políticas. En segundo término, eliminaría todos los accesos de acidez estomacal que se producen actualmente al cabo de una competencia electoral, así



como las acusaciones de fraude que resultan de dichos accesos de acidez. En tercer término, poblaría a todas las legislaturas con hombres dotados de un estado de ánimo peculiar e insólito, hombres realmente convencidos de que la función pública es una carga y no un negocio personal. Y, lo que es más importante, terminaría por completo, en cuarto término, con las actuales zalemas humillantes y comercializaciones de votos, porque las nueve décimas partes de los legisladores, instalados en sus cargos contra su voluntad, estarían ansiosos por terminar el mandato y volver a sus casas, y porque incluso aquellos que le hubieran tomado el gusto no podrían hacer nada para aumentar, aunque sólo fuera en una sobre un millón, las probabilidades de ser reelectos”.

Utopía y movimiento feminista

La lucha ya no por la mera supervivencia sino por la mejora de la calidad de la vida, son los argumentos fundamentales de los nuevos valores y su relación con los nuevos movimientos sociales (Ronald Inglehart). De entre ellos destaca el movimiento feminista:

1. El feminismo es en España un problema, velado en el misterio de seculares costumbres y temores que se oponen a su expansión; pero que existe representado por millones de mujeres sin más porvenir que la contemplación del estandarte azul del cielo.

2. El feminismo es un problema social creado por el retraimiento del hombre al matrimonio, por las trabas que se oponen a la libre expansión de las actividades femeninas y por las mayores exigencias económico-sociales de la vida moderna.

3. La generosidad y el altruismo del varón deben resolver el problema, compartiendo con la mujer los destinos y profesiones hasta hoy de su exclusivo dominio: comercio, industria, profesiones liberales, etc.

4. La ignorancia femenina es una falsa idea que conviene rectificar, así como la ineptitud para el ejercicio de muchas profesiones tenidas por exclusivas del hombre.

A términos tan sencillos y viables se

reduce nuestro asunto por el momento. Quédese para las mujeres de mañana el despertar a más plena vida: convertir en realidades aspiraciones a un amplio reconocimiento de la personalidad femenina en toda la complejidad de aspectos que ofrece una vida más completa. Digamos con un gran filósofo: ‘Las utopías de hoy son las realidades del mañana’. Cuando el sol sacude sobre la tierra su cimera de oro no desvía de las cabezas femeninas la alegría de su luz; a todos alcanzan por igual sus dones. Señores: imitemos al sol”. (Suceso Luengo de la Figuera, *Alrededor de una idea*, Málaga, 1909, p. 20).

El País de Ellas.

Una utopía feminista

El País de Ellas es la maqueta de una sociedad utópica diseñada por Charlotte Perkins Gilman a finales del siglo pasado, con más de dos mil años de evolución. La sociedad que presenta está compuesta exclusivamente por mujeres: tres millones de amazonas habitan un país semitropical del tamaño de Holanda, de difícil acceso, donde viven en una perfecta comunidad de hermanas dentro de una sociedad igualitaria.

Al igual que otras utopías, nos encontramos con el aislamiento físico, la propiedad común de la tierra, la economía agraria, la armónica relación con la naturaleza, la educación integral, la religión natural, la inexistencia de ejércitos y de guerras, el desarrollo de la ciencia, el cuidado del cuerpo y de la alimentación, el control demográfico y de la sexualidad...

Una diferencia visible es que se trata de una sociedad formada sólo por mujeres y niñas, que se reproduce mediante la partenogénesis, sin necesidad de varones.

La llegada de los tres exploradores (que reflejan tres actitudes masculinas ante las mujeres: Jeff-idealista, Terry-machista, Van-paternalista) las llena de curiosidad (conocimiento de otras civilizaciones externas en las que coexisten los dos sexos) y de la posibilidad de la reproducción sexual (cambio social).

Los tres son desposados, después de encierros y pruebas, e intercambios de información. El idealista Jeff se queda con la mujer Celis (futuro). El sociólogo Van paternalista/comprendivo se va con la mujer elegida, Ellador, quien dura muy



poco en la civilización moderna industrial (muere de cáncer). El machista Terry viola a su compañera Alima y es expulsado.

1ª expedición. Les hablan de una **tierra de mujeres, peligrosa para los hombres, que nunca han vuelto...**

Creían que es un mito de los *salvajes nativos*. Y vuelven a Norteamérica con la firme decisión de hacer una expedición tras descubrir telas curiosas en un río.

2ª expedición. Se imaginaban "Feminista":

Jeff, el médico poeta, idealista, se imaginaba el país lleno de rosas, de niños, de canarios y de ositos. Imagina a las mujeres perfectas, pacíficas, él era todo galantería, sentimentalismo, idealismo. Las veía de color de rosa. Puras, femeninas, delicadas,...

Terry, el rico explorador, el ligón que piensa que las mujeres solas no pueden organizarse, abrigaba visiones de una colonia de vacaciones ideal, llena de chicas y sólo chicas, entre las que él iba a ser el rey. Las chicas bonitas son para divertirse, y las feas ni para mirarlas. Sería un país atrasado, desorganizado, con peleas continuas y riñas entre mujeres.

Van, el sociólogo observador, paternalista y comprensivo, se esperaba una sociedad con una organización de tipo matriarcal. Los hombres tendrán su propio mundo aparte, menos desarrollado que el de las mujeres, a las que visitarán una vez al año, una visita nupcial...

Tenía una concepción *científica* de las mujeres y rechazaba las dos visiones de los amigos, aunque las comprendía, buscando siempre un término medio.

Descubrimiento desde el aire...

País civilizado, clima semitropical buenísimo, tierra de primera, calles limpias, bonitos edificios, orden, ausencia de vacas...

— ¡Caramba! —dijo Terry.

— Sólo mujeres y niñas —comentó Jeff excitado.



— Pero por el aspecto... es un país civilizado —objetó Van—. Tiene que haber hombres por algún lado.

— Claro que hay hombres —dijo Terry—. Vamos a buscarlos...

Aterrizan en una plantación de árboles frutales... y descubren tres chicas

— ¡Son chicas! —susurró Jeff sin levantar la voz por miedo a que se echaran a volar.

— ¡Melocotones! —corrigió Terry también en voz baja—. ¡Manzanas! ¡Membrillos! ¡Umm! Rápido, muchachos, que están buenísimas... ¡Viva el país de ellas!

— Son chicas —describió Van—, por supuesto, ningún chico podría exhibir aquella chispeante belleza, toda luz.

Intercambian risas y presentaciones... y las intentan capturar, pero se escapan

Celis, Alema y Ellador, que así se llaman, no caen en la trampa de los espejos y brillantes, de las baratijas, y salen corriendo.

— Inútil —dijo Terry entre jadeos—. Se han escapado. ¡Vaya con las chicas! ¡Los hombres deben ser un fenómeno corriendo!

— Una raza arbórea, evidentemente —sugirió el sociólogo científico observador—. Civilizada pero todavía arbórea.

— No debiste hacer eso —se quejó el romántico Jeff—. Nos estaban tratando como amigos y ahora las hemos asustado.

— ¡Tonterías! —dijo Terry—. Es lo que querían. A las mujeres les encanta sentirse perseguidas.

Observan maravillas y orden... y son capturados

Llegan al poblado y observan largas calles adoquinadas, grandes edificios (palacios) perfectamente ordenados, plazas y parques bellísimos, nada de suciedad, nada de ruidos... Siguen insistiendo en que tienen que haber hombres, ¡magníficos arquitectos y jardineros!. No se percatan de están siendo rodeados. A continuación, y no sin resistencias, son atrapados y custodiados en una peculiar cárcel sin barrotes. Se tienen que vestir como las mujeres. A pesar de ser bien asistidos en cuanto a higiene y alimentación, intentan huir en vano. Durante seis meses son instruidos por sus tutoras-guardianas, empezando por el idioma y continuando con intercambios interesantes sobre las características de una y otra sociedad.

La historia del País de Ellas: orígenes del País y por qué no hay hombres

Los primeros datos se remontan a principios de la era cristiana. El territorio era mucho más amplio, con acceso al mar. Se trataba de un pueblo compuesto por hombres y mujeres de raza aria, con activida-



des comerciales, ejército, rey y esclavos de otras razas. Tras varias catástrofes y guerras, la población se vio diezmada y el territorio muy reducido. Optaron entonces por reforzar los puntos más vulnerables a los ataques, convirtiendo el país en una fortaleza que duró muy poco. Tras un terremoto en plena batalla mueren casi todos los hombres, quedando vivos los esclavos varones, que se amotinan y matan al resto de amos y sus descendientes. Ante estos acontecimientos, las jóvenes se rebelan y acaban con la sublevación. Tras la catástrofe, la situación era desesperada: no podían huir y estaban incomunicadas. Pensaron en el suicidio colectivo, pero las mujeres supervivientes decidieron esperar alguna milagrosa ayuda exterior. Después de incinerar los cadáveres comenzaron a trabajar en tareas agrícolas. Disponían para ello de una tierra fértil y de las herramientas necesarias (entre ellas, las esclavas). El esfuerzo fue duro, pero contribuyó a aumentar el sentimiento de unión entre ellas, y hacerlas más fuertes y más sabias.

El milagro de la partenogénesis (reproducción en estado de virginidad)

Pasados unos diez años ocurrió el milagro: una mujer quedó embarazada. Buscaron por todos lados, pero no había ningún varón, entendiéndose que se trataba de un prodigio divino, de una divinidad femenina y maternal. Instalaron a la futura madre en el templo de la diosa de la fertilidad, bajo estrecha y cariñosa vigilancia, y, por fin, nació una niña. Esta mujer, a lo largo de su vida parió hasta cinco niñas, que fueron criadas y cuidadas con todos los honores, a la espera de que el milagro fuera hereditario y, de este modo, conseguir la perpetuidad de la comunidad. Cada una de estas hijas parió cinco niñas. Las mujeres más viejas que se acordaban de los hombres fueron muriendo, quedando finalmente unas 155 jóvenes partenogénicas. Ya entonces era un país próspero, con granjas y huertas rindiendo a tope. Conservaban los archivos del pasado y las mujeres de más experiencia pedagógica se habían dedicado a transmitir todos sus conocimientos y oficios al grupo de hermanas y madres.

— ¡Y así nació el País de Ellas! ¡Con

una sola familia engendrada por una sola madre!

La desaparición de los hombres les había permitido desarrollar ciertos rasgos masculinos e incluso eliminar algunos tildados despectivamente como *femeninos*. Tras los hombres desaparecieron: las faldas, los adornos, la prostitución, los sacerdotes, las leyes con más de veinte años de vigencia, los apellidos y la lucha por la herencia, las guerras, las enfermedades, el miedo, la delincuencia, la competitividad,...

La fertilidad (de la tierra) y la maternidad se convirtieron en ejes de la sociedad y de su religión. La eugenesia (perfeccionamiento de la raza) entre las mujeres y la manipulación genética a los animales (gatos que no maúllan y que no atacan a los pájaros) fue su ciencia principal (aparte de la educación integral, la arquitectura, la física, la química, la botánica y de la agricultura).

Quinientos años después, tras conseguir la organización igualitaria (abolición de la esclavitud y de las clases sociales) y la especialización (voluntaria), surgió el problema del espacio: la población se multiplicaba por cinco cada treinta años. Ante este problema eliminaron el ganado vacuno y el pastoreo, desarrollando un sistema de agricultura intensiva y repoblando los bosques con árboles frutales. La medida más notable fue el control demográfico: la prohibición a cada mujer (con raras excepciones que no suponían privilegios) de parir más de una niña. Esta medida fue producto de una asamblea. Tras este control demográfico, el perfeccionamiento físico y mental fue la principal preocupación y ocupación durante mil quinientos años.

De exploradores a conferenciantes

Después del encierro y la libertad vigilada, se les plantea a los tres exploradores la posibilidad de dar varias conferencias a lo largo del país, dirigidas a las chicas más jóvenes. Aceptan la idea encantados, ya que desde su llegada sólo han tenido contactos con niñas y con mujeres de más de cuarenta años. Terry las llama *coronelas* y sigue pensando en la necesidad de varones y en la posibilidad de ligarse a las jovencitas y hacerse el rey del lugar. Jeff está encantadísimo de seguir

aprendiendo y de enseñar a esas lindas e increíbles criaturas. Van ve la posibilidad de compilar más observaciones y acumular más datos (es el científico del grupo).

Comienza así un largo viaje a través del país, durante el cual siguen aprendiendo cosas. También van aprendiendo las mujeres de los hombres, aunque no entienden algunos aspectos de la sociedad industrial de la que proceden. Por ejemplo, el concepto de virginidad.

— ¿Qué significa virginidad? — preguntó Zava.

— Entre los animales que se aparean, se habla de virginidad para describir la condición de las hembras que todavía no lo han hecho — respondió Jeff.

— Ah, ya — dijo Zava—. ¿Y también se dice del macho? ¿O tienen otro término para él?

Silencio.

O la utilización del término 'hombres' como plural genérico...

— Ningún hombre, en su sano juicio trabajaría si no estuviera obligado a hacerlo — declaró Terry.

— ¡Ah, ningún hombre! ¿Es este entonces uno de los rasgos que distinguen a vuestros dos sexos? — preguntó Zava.

— ¡No, no! — se apresuró a aclarar él—. Quiero decir que nadie, ni hombre ni mujer trabajaría sin un aliciente. Y la competitividad es el motor que lo mueve todo.

Y ya que hablamos del trabajo, no tiene desperdicio este diálogo...

— En nuestros países los hombres lo hacen todo — manifestó Terry hinchando el pecho y ensanchando los hombros—. Amamos, idolatramos, honramos a las mujeres y queremos que permanezcan en el hogar para cuidar de los hijos.

— ¿Qué es el hogar? — preguntó Somel.

— Antes que nada, aclárenme una cosa: ¿Ninguna mujer trabaja? — imploró Zava.

— Bueno, sí — reconoció Terry—. Algunas tienen que hacerlo, las más pobres.

— ¿Cuántas, aproximadamente, en vuestro país?

— Cerca de siete u ocho millones — contestó Jeff para fastidiar, como de costumbre...

Nos las habíamos imaginado...

Con los viajes y los intercambios van cambiando las percepciones y las actitu-



des de los tres varones respecto al País de Ellas.

—Nos las habíamos imaginado vanidosas, preocupadas de volantes y puntillas, para descubrir que en realidad habían ideado un modelo de vestido más perfecto que el de los chinos —decía Van— Nos habíamos imaginado una monotonía aburrida y poco estimulante, y nos encontramos ante una gran inventiva social, mucho más audaz que la nuestra, y unos progresos técnicos y científicos perfectamente

Emparejamientos/ experimentos bisexuales

Durante el período de conferencias, los tres expedicionarios se vuelven a encontrar con las tres chicas del bosque, comenzando unas relaciones que se convierten en un experimento. Jeff se empareja con Celis, Terry con Alima y Van con Ellamor. Con la formación de estas parejas se inician los problemas. Serán ellos mismos



René Magritte

equiparables a los nuestros. Nos habíamos imaginado mucha mezquindad y nos encontramos con una conciencia social frente a la cual nuestros países parecían una pandilla de chiquillos peleones y, además, un poco lerdos. Nos habíamos imaginado muchos celos, y descubrimos un sentimiento de afectuosa y abierta sonoridad, una inteligencia imparcial, totalmente desconocida entre nosotros. Habíamos esperado mucha histeria y nos encontramos ante unos altos niveles generales de salud y vigor, y una serenidad de carácter para la que nuestros hábitos desabridos resultaban totalmente inconcebibles.

quienes proponen la fórmula del matrimonio, que a ellos concede más como favor que como convicción. Tras el matrimonio se inician los conflictos sexuales. Para ellas, el único fin de las relaciones sexuales es la maternidad, no el placer, generándose una curiosa queja por parte de los tres varones.

— ¡Lo único que ven en los hombres es la paternidad! —se quejó Terry— ¡La paternidad! ¡Como si fuera ése el único papel del hombre en la vida!

De todas maneras, cada uno mantiene una actitud diferente. Jeff y Celis se llevan muy bien y ella queda embarazada.

Deciden quedarse en el País. Van y Ellador se dan tiempo mutuamente para entenderse mejor y perfeccionar su intercomunicación. Más adelante deciden marchar a Norteamérica. Terry y Alima tienen una relación muy negativa, él es dominante y agresivo. La cosa acaba muy mal: Terry es expulsado del País.

Expulsión del paraíso

— ¡No me vengan con historias! —dijo Terry—. No hay mujer en la tierra que no disfrute siendo dominada...

Y se puso a cantar:

— He gozado con lo que he encontrado, nadie me quitará lo bailado. Con lo que aprendí entre las amarillas y las negras, he hecho estragos entre las blancas.

— ¡Pobre Terry! —escribió Van— Lo que había aprendido en el País de Ellas no le sirvió de nada. Sólo pensaba en su propio placer.

La fábrica de bodas

Diseño para la creación de una fábrica de bodas en plena guerra civil española, por parte del colectivo de mujeres libres, otorgando así el carácter social (y sexual) de la revolución libertaria:

“La camarada Revolución nos ha dado cuenta de su gran desconsuelo. La gente sigue casándose... La camarada Revolución creía que el espíritu y la moral de las gentes se habría adecentado un poco, pero se da cuenta de que el espíritu y la moral de las gentes no son susceptibles de adecentamiento. La gente sigue casándose... Ante la pavorosa realidad, intentamos higienizar sus inevitables consecuencias. Los hombres siguen amando modalidades de opresión. Al menos, veamos si pueden darse las argollas.

PROYECTO

Emplazamiento. La fábrica de bodas en serie se emplazará lejos de todo núcleo urbano. No es conveniente que las tragedias se realicen a la vista del público, porque desmoralizan una barbaridad. Además, las dificultades de acceso a la fábrica harán reflexionar más a los tontos.



Materiales de construcción. Serán de tal manera que ahoguen los ruidos. A nadie le importa lo que pasa dentro y siempre es mejor no escuchar las interjecciones de los que vengan a pedir cuentas por lo mal que les salió la suya.

Dependencias. Una sala de espera dividida en departamentos bipersonales por tabiques incompletos. El aislamiento es riguroso en caso de epidemia. Un salón de ceremonias y un tobogán para la salida. Conviene la rapidez para que no haya lugar al arrepentimiento. Que cada cual aguante su vela.

Material. De dos clases: a) insustituible y b) voluntario.

a) Una ducha fría; Un Comité muy convencido de su importantísima misión; un sello que diga: Pasa, si te atreves; un tapón rojo o rojo y negro para el sello.

b) Una estaca.

Biblioteca. Un ejemplar de los

Mandamientos del Sentido Común.

Dependencias anejas a la fábrica. Un almacén de remaches, herraduras, argollas y cadenas. Una tricromía alegórica de la Libertad.

Funcionamiento de la fábrica. Es breve. Los individuos esperan, por parejas, en los departamentos bipersonales. Luego van pasando al salón de ceremonias. No pueden hacer nada, absolutamente nada, sin el sello. Se les sella un papelito, las dos mejillas y la ropa interior de cada uno. Entonces el Comité, con voz muy hueca, les lee los Mandamientos del Sentido Común, que pueden resumirse en tres:

1º) Cuando estaba el cura, les engañaba el cura; cuando estaba el juez, les engañaba el juez; ahora les engañamos nosotros, puesto que vienen a eso.

2º) Quien no puede pasar sin una garan-

tía de propiedad y fidelidad, merece las más viles opresiones sobre su corazón (peligro de asfixia).

3º) El paso por la fábrica da patente de idiota y predispone a dos o tres sinsabores diarios. ¡Sabemos lo que nos hacemos!

La ceremonia es gratuita. Bastante desdicha tienen quienes van. Luego se les pone la argolla y la cadena, se les da a besar la tricromía del Comunismo Libertario y se les tira por el tobogán.

Para evitar alteraciones en la buena marcha de la fábrica, conviene poner a la salida este cartel:

No se admiten reclamaciones.

(Proyecto para la creación de una fábrica de bodas en serie (Churros auténticos), "Mujeres Libres", febrero de 1938).

B I B L I O G R A F Í A

- ALBERONI, Francesco: *El árbol de la vida. Un aporte para enfrentar los cambios de la sociedad actual*, Gedisa, Barcelona, 1991.
- ATTALI, Jacques: *Historia de la propiedad*, Ed. Planeta, Barcelona, 1989.
- ALONSO, Luis E.: "Los nuevos movimientos sociales y el hecho diferencial español: una interpretación", en BELTRÁN, Miguel (coordinador); VIDAL-BENEYTO, José (editor): *España a debate. II. La sociedad*, Ed. Tecnos, Madrid, 1991, pp. 71-98.
- BARROSO, Cristino: "La ciudad relacional" (con Ceferino Mendaro), en MIQUEL, Luis (coordinador): *La ciudad, entre la miseria y la utopía*, Fundación de Investigaciones Marxistas, Madrid, 1995, pp. 179-213.
- BERGER, Peter: *La revolución capitalista. Cincuenta proposiciones sobre la prosperidad, la igualdad y la libertad*, Ed. Península, Barcelona, 1989.
- BLOCH, Ernst: *Spirito dell'Utopia*, La Nuova Italia, Florencia, 1981.
- BRANTENBERG, Gerd: *Las hijas de Egalia*, Ed. Horas y horas, 1977.
- CAMPANELLA, Tomasso: *La Ciudad del Sol*, Ed. Zero, Madrid, 1971.
- DALTON, R.; KUECHLER, M. (comps.): *Los nuevos movimientos sociales*, Ed. Alfons el Magnànim, Valencia, 1992.
- DE MIGUEL, Jesús: *El mito de la sociedad organizada*, Ed. Península, Barcelona, 1990.
- ETZIONI, Amitai: *La sociedad activa*, Ed. Aguilar, Madrid, 1980.
- FOURIER, Charles: *Doctrina social (el falansterio)*, Ed. Júcar, Madrid, 1978.
- GALLO, Max: *Manifiesto para un oscuro fin de siglo*, Siglo XXI Ed., Madrid, 1991.
- GARCÍA CALVO, Agustín: *Análisis de la sociedad del bienestar*, Ed. Lucina, Zamora, 1993.
- INGLEHART, Ronald: *El cambio cultural en las sociedades industriales avanzadas*, Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid, 1991.
- MANNHEIM, Karl: *Ideología y Utopía (Introducción a la Sociología del conocimiento)*, Ed. Aguilar, Madrid, 1958.
- MAYNTZ, Renate: *Sociología de la Organización*, Alianza Editorial, Madrid, 1977.
- MENCKEN, H.L.: *Prontuario de la estupidez humana*, Ed. Alcor, Barcelona, 1992.
- MIQUEL, Luis (coordinador): *El futuro de la ciudad entre la miseria y la utopía*, Fundación de Investigaciones Marxistas, Madrid, 1995.
- MONCLÚS, Antonio: *El pensamiento utópico contemporáneo*, CEAC, Barcelona, 1981.
- MORO, Tomás: *Utopía*, Ed. Planeta, Barcelona, 1989.
- OFFE, Claude: *Partidos políticos y nuevos movimientos sociales*, Ed. Sistema, Madrid, 1988.
- ORTEGA, Félix: *Sociología, Utopía y Revolución*, Fernando Torres editor, Valencia, 1976.
- PERKINS, Charlotte: *El país de ellas*, Ed. La Sal, Barcelona, 1987.
- RIFKIN, Jeremy: *El fin del trabajo. El declive de la fuerza de trabajo global y el nacimiento de la era posmercado*, Ed. Paidós, Barcelona, 1994.
- RIZZI, Bruno: *La burocratización del mundo*, Ed. Península, Barcelona, 1987.